

**TIEMPOS DE ESPERA:
NEOCONSERVADURISMO Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN
LA SEGUNDA DÉCADA DEL SIGLO XXI
(ANOTACIONES CRÍTICAS PARA UNA DIATRIBA CONTRA
LA INMOVILIDAD)**

Arleison Arcos Rivas

Universidad Nacional de Colombia

Resumen:

En este trabajo se pone en cuestión el carácter neoconservador que, según el autor, parece caracterizar a los nuevos movimientos sociales, en un contexto en el que el cosmopolitismo de las elites y la neoliberalización del Estado constriñen, limitan y hasta provocan su cooptación. Ante tal situación, se proponen algunos asuntos críticos que contribuyan a emprender alternativas en la forma cómo actúan estos movimientos en la segunda década del siglo XXI.

Palabras clave:

neoconservadurismo, movimientos sociales, inmovilidad política

Abstract

This paper calls into question the neo-conservative character of social movements at beginning of XXI century. The author, characterize the new social movements in a context in which both, cosmopolitan elites and state neoliberalization constrain, limit and even cause cooptation of their movements. To analyze this case, the author propose some critical issues, contributing to undertake alternative react in the way these movements in the second decade of this century.

Key words:

neo-conservative, new social movements, political constraining

Recibido: 27/03/2014

Aceptado: 17/05/2014

Consciente de que la está perdiendo, ella grita: "¡nunca te dejaré marchar!", y al tiempo que lo dice ella le deja marchar, incluso llega a empujarle con sus propias manos...

(Zizek 2008, 12)

Nadie nota que algo raro está sucediendo, hasta el día que la gente se levanta y se encuentra con la desgracia en todo su desarrollo.

(Wodehouse 1909)

Neocon is 'a liberal who has been mugged by reality'.

Irving Kristol

UN RÁPIDO BALANCE DEL TIEMPO PRESENTE

Dos rutas paralelas articulan el neoconservadurismo en el siglo XXI: de un lado, la marcha histórica de los pueblos parece detenida, pasiva y hasta cierto punto inmóvil ante los embates recios y radicales del capital transnacional y la instalación de prácticas estatales neoliberales que, a fuerza de copar y vaciar las iniciativas alternativas, han terminado por erosionar lo popular y plagar de incertidumbre las luchas políticas antisistémicas, coqueteándoles incluso hasta seducirlas y penetrarlas. Del otro, fuerzas políticas y económicas cosmopolitas articulan el mundo bajo códigos de poder en los que el mercado y la política se confabulan para producir formas desreguladas de orden social que, pese a la insatisfacción e indignidad que producen, se reeditan y perpetúan hasta la saciedad en función de prácticas rentabilísticas que privilegian la seguridad del dinero y de las finanzas por sobre la generación de satisfactores sociales y del reparto del bienestar.

La evidencia de lo primero la constituye el repliegue de lo popular (Zemelman, 2001) e incluso las prácticas de reacomodamiento que, sin retar al poder, aspiran a mutar las prácticas decisionales y abrirlas a la participación de los públicos o poblaciones afectadas (Chatterjee, 2006). La fuerte presión sistémica en contra de la producción de alternativas políticas erosionó la lucha armada hasta hacerla casi impensable, pese a la aparición de renovados brotes insurgentes como el ejército zapatista en Chiapas o incluso la inveterada persistencia del conflicto armado con las FARC y el ELN en Colombia; promoviendo los discursos centristas que se instalan en la deliberación como fuerza motriz de la sociedad transindustrializada.

De lo segundo, la solvencia de las principales economías y las chequeras de sus ampulosos acaudalados da cuenta de cómo la riqueza continúa acumulándose escandalosamente contra la solvencia y estabilidad de países y regiones del mundo que reciben el batiente coletazo de las crisis planetarias producidas por las fuerzas del capital financiero, sin que sus gobiernos se decidan a convertir en política de estado alguna iniciativa ingeniosa que facilite el agotamiento del modelo de capitales, al tiempo que promueva repartos igualitarios o mecanismos de distribución proporcional.

La política, en ese contexto, parece consistir en la administración del malestar y la gestión de la insatisfacción, mientras el movimiento político de vanguardia parece coincidir con el estancamiento del pensamiento y el aligeramiento de las fuerzas opositoras; signos de los tiempos de espera en los que las “coyunturas de confusos conceptos reflejan situaciones históricas donde la velocidad del desarrollo social oscurece la perspectiva teórica” (Dubiel, 1993:1). Así, pese a lo difundido del malestar, se nos advierte que “¡Dios no ha muerto; le han convertido en dinero!” (Agamben, 2012), mientras los pastores de tal culto se convocan en la ecúmene del G8, G20 o en el cónclave en el que han convertido a Naciones Unidas; adorando al becerro de oro y su reinado omnipresente, bajo el yugo de la angosta imaginación por la que resulta más fácil imaginar el fin de toda la vida en la Tierra que, de forma más modesta, un cambio radical en el capitalismo (Zizek, 2010).

Pese a ello, infinitos brotes de resistencia emergen en viejas y nuevas formas organizativas y movimientos alrededor del mundo y en internet. Desde modestas redes sociales alternativas hasta ingeniosas campañas publicitarias, pasando por la perturbación panfletaria en Facebook o Twitter, el boicot en desfiles, cumbres y juntas de altísima trascendencia, el cese de actividades (cada vez más precario y limitado), el reclamo frente a los parlamentos y congresos, el bloqueo de calles, aeropuertos y vías comerciales, la sanción moral a exmandatarios, ministros, secretarios de despacho, funcionarios públicos y ejecutivos de grandes emporios transnacionales (ante lo cual ya no resulta habitual ni obligatorio verles renunciar o sonrojarse siquiera) y los infaltables paros convocados con fecha de vencimiento.

Aun a pesar de ser muchos los intentos antisistémicos, antiglobalización o altermundistas, y pese a que pululan las redes y actuaciones movilizatorias (Castells, 2012), las batallas de David contra Goliat no derriban al gigante; apenas si ensucian su traje cosmopolita, ahora que viste prendas de alta costura y frecuenta casas financieras y centros especulativos descentrados por todo el mundo; mientras sus contradictores resisten sus duros embates muchas veces arropándose con las vestiduras estatales con las que han venido a cubrir su desnudez, luego de la ruinosa constricción de los recursos de

la cooperación internacional para el desarrollo. Incluso los movimientos poblacionales, aquellos cuyo contenido étnico, cultural e identitario les permite entenderse e inventarse como transfronterizos, diaspóricos, ancestrales e históricos, resultan precarios en el propósito de expresar dualidades de poder en el mundo globalizado; al verse contenidos en viejos odres que limitan su capacidad para afinar creativamente procesos actuacionales y formas de movilización de envergadura que configuren alternativas consistentes con las cuales puedan hilvanarse nuevos materiales para parir un mundo más humano.

Si bien se siente la agitación, resulta fatigante advertir que tras los brotes de insatisfacción no emerge movimiento alguno ni procesos de transformación significativa que desestabilicen a actores sistémicos transnacionales o logren desinstalar el malestar, a pesar de la desazón de su generalización. Paradójicamente, aunque no resulten contundentes las victorias y se advierta el cansancio y previsible agotamiento de los movimientos, la lucha continúa; evidenciando el carácter militante de los movimientos viejos y la pasión efervescente de los nuevos a los que, todavía, inspira una cierta reminiscencia de la utopía, pese a encontrarse refugiados en el realismo normado de los regímenes constitucionales actuales. Aun bajo el agobio y la fatiga, persisten algunas militancias en los nuevos campos de batalla contra la transnacionalización del malestar y la insatisfacción; inspirando a colectivos estudiantiles y jóvenes alrededor del mundo, sacando a la calle y promoviendo alertas informáticas de colectivos de mujeres, grupos étnicos, asociaciones de derechos sexuales, agremiaciones campesinas y sindicales; todas ellas operando en contextos subnacionales pero activadas por reivindicaciones cuyo contenido resulta, cada vez más transcontinental.

El contexto de la glocalidad, ingeniado por Georges Benko (2000) se reedita en tímidas iniciativas altermundistas que aspiran a unificar las viejas luchas en una misma y común nueva causa que logre articularlas; la cual, sin embargo, aún no emerge en un milenio huérfano (de Sousa Santos, 2011). Tal vez por ello no hay alternativas todavía aunque se insista afanosamente en sembrar la utopía con aspiraciones a deconstruir la modernidad, refundar la democracia, reconvertir el capital, modelar el desarrollo a escala humana y activarse para trastocar el poder y fabricar el otro mundo posible; tarea invencional en la que se acepta operar no en clave contrasistémica sino dentro del paradigma político controlado y gobernado por las elites políticas.

Tal vez por ello, igualmente, la alternativa frente a su desactivación haya llevado a los movimientos de esta segunda década del siglo XXI a asumir la cauta actitud preservacionista y reactiva que los caracteriza y que les hace neoconservadores al contener sus aspiraciones, recortar las agendas y moderar las acciones, respondiendo

incluso a la sugestiva convocatoria de los gobiernos que, pese a su carácter neoliberal, terminan incorporando a viejos cuadros y nuevas figuras que enarbolaban las opciones divergentes. En este mundo disforme y conforme, las luchas se hacen modestas. Hasta se premian en diferentes academias las conversiones ambientalistas de última hora de magnates petroleros y exvicepresidentes como Al Gore, entusiasmo la promesa (nunca cumplida) de 40 de los más ricos del mundo con la intención de repartir significativas porciones de su magnificencia y se asiste al espectáculo escandaloso de que sean las estrellas del entretenimiento los interlocutores válidos de la eufemística sociedad civil ante gobiernos, empresas de pensamiento, organizaciones de las transnacionales y organismos multilaterales.

Como afirma Judith Butler, “De la misma forma que las metáforas pierden su carácter metafórico a medida que, con el paso del tiempo, se consolidan como conceptos, las prácticas subversivas corren siempre el riesgo de convertirse en clichés adormecedores a base de repetirlos y, sobre todo, al repetirlos en una cultura en la que todo se considera mercancía, y en la que la «subversión» tiene un valor de mercado”. (Butler 2007, 26). Visto así, lo que ‘nuestro tiempo’ nos impele a advertir que vivimos en un mundo con la solidaridad en bancarrota; que expresa, sin alternativas serias y visibles, la angustia e insostenible crisis del modelo civilizatorio, tanto como la demanda irrenunciable a disfrutar tiempos mejores para la humanidad. Esta doble aspiración, sin embargo, contrasta con el recorte de la imaginación en los movimientos sociales y con la cortedad en sus reivindicaciones. Pese a inaugurar nuevas formas expresivas y comunicativas, los todavía denominados movimientos sociales constriñen sus modelos actuacionales en moldes neoconservadores; reaccionarios y precariamente reformistas, que hacen pensar en la urgencia de reconfigurar su potencialidad actuacional y su capacidad para activarse y movilizarse en términos performativos o transformadores; esclareciendo de mejor manera el sentido y las relaciones entre la conciencia discursiva y la práctica política; extrapolando a Giddens (Giddens, 1995).

EL MOVIMIENTO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES:

¿ADIÓS A LA MILITANCIA O REDISEÑANDO LA ESCALA DE ACTUACIÓN?

Si los entendemos como “acciones colectivas de carácter socio-político y cultural que viabilizan distintas formas como la población se organiza y expresa sus demandas” (Gohn 2003, 13); los nuevos movimientos se concentran en la acción. De hecho, bajo este lente, una vez todas o en una fracción que resulte satisfactoria, sus demandas son procesadas por el sistema, cabe esperarse el agotamiento de los movimientos y su desarticulación.

De manera más amplia, Alberto Melucci entiende que los movimientos Sociales “*son parte de la realidad social en la cual las relaciones sociales no están aún cristalizadas en estructuras, y la acción es portadora inmediata de la tesis relacional de la sociedad y de su sentido*” (Melucci 1994). Al constituir un lente que permite estudiar y abordar problemas significativos, puede afirmarse igualmente que los movimientos sociales elaboran una “*nueva gramática en el repertorio de las demandas y los conflictos sociales*” (Gohn, 2011:34), con diferentes y múltiples expresiones que articulan sectores poblacionales y sus expresiones organizativas en diferentes escalas, entre lo local y lo planetario.

Intentando caracterizarlos, María Gloria Gohn, identifica al menos 10 apuestas diferenciadas en los movimientos que hoy emergen:

1. Movimientos por la habitabilidad en las ciudades y contra la violencia urbana.
2. Movimientos y organizaciones orientadas a la participación en la estructura político organizativa, tal como en procesos de planeación y presupuestación participativa.
3. Movilizaciones y movimientos de recuperación de estructuras ambientales y equipamientos urbanos (plazas, parques, áreas de entretenimiento, salud y deportes)
4. Movilizaciones y movimientos contra el desempleo (y el corte de servicios públicos).
5. Movimientos de solidaridad y apoyo a programas con infancia, habitantes de la calle, usuarios de drogas, portadores de VIH, entre otros.
6. Movilizaciones de campesinos y pobladores desplazados y sus redes de articulación.
7. Movimientos étnico- raciales de afrodescendientes e indígenas.
8. Movimientos que involucran cuestiones de género (mujeres, LGTB y Masculinidades).
9. Movimientos rurales por el derecho a la tierra, la reforma agraria y el acceso a créditos para asentamientos y desarrollo rural.
10. Movimientos contra las políticas neoliberales y los efectos de la globalización.

Antes que su agotamiento, ese listado, evidencia una capacidad manifiesta para revitalizar los motivos de actuación política y movilización capaz de proponer con osadía que reclama un nivel organizativo y de coordinación renovado en la dinámica de poder en las democracias contemporáneas y en los escenarios globales, planetarios, cuyas inventiva transfronteriza precisa formas igualmente nuevas de creatividad e imaginación para contener, enfrentar y transformar el capital financiero global y sus instituciones, en diálogo con viejas estructuras movilizatorias y procesos reivindicativos

diversos y diferenciales todavía activos. No obstante, pese a la proliferación y a sus propósitos, la capacidad de los movimientos para portar tal novedad actuacional parece más rica en el ámbito retórico que en el ejecutivo. Frente a las viejas aspiraciones de transformar el mundo, buena parte de las expresiones organizativas hoy se esmeran en preservarlo e incluso promueven contenciones parciales del daño y metas restrictivas en la gestión del riesgo; tal como ocurre con los ambientalistas ante la irrefrenable producción de bienes de consumo y contra prácticas extractivas cuyo daño y deterioro han sido medidos y calculados por fuentes alternativas, oficiales y hasta por los tanques de pensamiento de los grandes emporios capitalistas (Von Weizsacker, Lovins y Lovins, 1997).

El que, ante nuestras grandes pantallas LCD asistamos por televisión o internet a presenciar la caída de dictadores, denuncias de negociados y procesos de corrupción, acciones desesperadas contra la matanza de la vida marina o a la publicidad de discutibles procesos de seguimiento selectivo y espionaje masivo perpetrados en secreto y por largo tiempo por gobiernos y organismos públicos acentúa los dilemas del inicio de siglo sin que, al mismo tiempo, resulte previsible apuntalar las claves de un nuevo orden mundial o, por lo menos, nuevos contratos sociales que puedan siquiera reclamarse en el seno de las persistentes nacionalidades estatales; todo ello a pesar de que los procesos de autoconvocatoria de los actuales movimientos congreguen a millones en muy poco tiempo.

De hecho, la convocatoria multitudinaria, característica de las actuales expresiones de los movimientos, constituyen una especie de sello metafísico epocal: “una época de revoluciones encaminadas a explorar el sentido de la vida más que a tomar el poder en el estado”, con movimientos concentrados en actuar, despojados de “ideologías obsoletas y políticas manipuladoras” (Castells, 2012:14 y15).

Con ello lo que ocurre es un angostamiento de la expresión movilizatoria, al tiempo que pareciera producirse un nivel de aquietamiento del movimiento de la sociedad en escalas alternas que terminan por dibujar “la lógica impuesta por los procesos de la globalización económica (y) las políticas neoliberales” (Escobar, Alvarez y Dognino, 2001:17). El hecho de que todo resulte discutible mientras el sistema permanece inmutable; apenas si perturbado por las continuas manifestaciones y jaleos de los oprimidos, indignados, humillados y ofendidos no solo ofende la política sino que la hace parecer deleznable e innecesaria; incluso en los mejores momentos en los que algunos movimientos alcanzan a quedar en la foto tras la conversión de sus agendas en políticas sectoriales o poblacionales apadrinadas a regañadientes por el Estado (luego de acciones de presión generalmente provenientes de la banca multilateral o de organismos

transnacionales), y que se capitalizan como reformas sistémicas progresistas antes que en evidencias de la coherencia y contundencia alcanzadas en las luchas por procesos de resistencia y transformación política sostenidos y antisistémicos.

Mientras tanto, los motivos de las actuales confrontaciones sitúan de un lado a quienes, con poco, quieren más, mientras por el contrario, reciben menos de quienes están en la otra orilla. Por ello, al denominarles como neoconservadores, lo que pretendo cuestionar en los movimientos sociales no es su configuración imaginativa ni su capacidad para leerse y producir lecturas del contexto en el que despliegan sus acciones sino el carácter mismo de la acción, su impacto e incidencia; los cuales evidencian un angostamiento (cuando no su apocamiento e incluso agotamiento) no tanto de su potencialidad movilizatoria sino de su eficacia performativa; un recorte en la metonimia política que trastoca el ámbito de la representación y desplaza hacia la capacidad de desear la incapacidad de transformar. De hecho, no son sus intencionalidades lo que resulta neoconservador en los movimientos sino la extensión de sus expectativas y, más aun, la insolvencia o limitación en su operatividad.

En cuanto la calle ya no es el único escenario de la movilización, se aceptan formas de lucha que incluso animan la resituación de problemas en su proyección, en la duración del porvenir; con lo cual lo urgente termina por dar espera, mientras el qué hacer se va tejiendo en redes y espacios deliberativos tan intrincados como frágiles; cediendo hasta instalar en los gobiernos la experticia, los saberes, las técnicas y los propósitos que hasta hace poco animaban la distinción entre lo no gubernamental y lo gubernamental, e incluso lo contraestatal y lo estatal; fusionando peligrosamente los discursos de la sociedad civil con los de las instituciones y entidades receptoras de la antigua intelectualidad orgánica de las Organizaciones No Gubernamentales, en pleno proceso de desmantelamiento hoy.

Tal carácter neoconservador de los movimientos sociales hoy resulta palmario, al menos con tres evidencias:

- La renuncia al poder como imposibilidad de producir alternativas
- El ingenio publicitario como castillo de naipes de las reivindicaciones sociales
- La contestación y la reacción como dinámica actuacional

Ante la aceptada imposibilidad de producir transformaciones significativas en el modelo sistémico que configura la totalidad de las relaciones humanas, culturales y productivas, los esfuerzos estructurantes tras la protesta social y la activación para generar cambios radicales son leídos bajo el lente de la gestión de demandas y la

producción de ‘acciones colectivas propositivas’ muchas veces improvisadas al calor de las nuevas consignas. La coexistencia, antes que la correlación de fuerzas emerge como una clave de la lectura actuacional de los movimientos sociales de hoy, en cuyas plataformas resulta frecuente escuchar y leer sobre responsabilidad social, desarrollo sustentable, empoderamiento, economía social o capital social; casi de la misma manera como tales categorías son citadas en los discursos corporativos y estatales, haciendo evidente la cooptación y penetración ideológica operada por el Estado, los organismos multilaterales y hasta las corporaciones transnacionales (Gohn, 2011:4).

UN DRAGÓN SIN FUEGO:

¿TIENEN QUE SER NEOCONSERVADORES LOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

Si revisamos el estudio de Charles Taylor sobre la sociedad civil (Taylor, 1990) encontramos que, al menos en tres sentidos, resulta siendo un dragón sin fuego. Bien sea porque la inexistencia de asociaciones ciudadanas autónomas no garantiza su representatividad; porque pese a la amplia y extendida red de organizaciones ciudadanas no logran coordinarse para actuar más allá de la órbita estatal, incluso en paralelo a la misma y, tercero, el nivel de influencia en la agenda pública y en la decisión de las políticas públicas, pese a constituir su principal carta de presentación, adolece aun de la precariedad característica de la renuncia al poder. Las tres parecen ser entonces más que apuestas de reconfiguración política capaces de provocar significativas “variaciones en el balance estratégico de las fuerzas políticas” (Chatterjee, 2006:135), la evidencia palmaria de la inmovilidad de los movimientos de inicio del siglo XXI; los cuales, apropiándome de un reciente título de Castells (2012), apenas si constituyen hoy redes de indignación y esperanza; que, aunque activos y con posibilidades de que lleguen a convertirse en “las nuevas formas de cambio social en el siglo XXI”, su desesperante y ociosa vida y muerte no anuncia, más allá de las cenizas, el surgimiento de lo nuevo por venir; tal vez porque no puedan hacerlo o no necesariamente existan para convertirse en expresiones sociales capaces de articular nuevos movimientos (Sennett, 2013: minuto 5).

Dado que para quienes aspiramos a aportar a la consolidación de la ciencia política como una disciplina propositiva no resulta posible llamar poder al desapoderamiento ni movimiento a la inmovilidad, el asunto de la renunciabilidad a las ideologías y al poder presentado por Castells y Chatterjee como respuestas de los gobernados o instrumentos de contestación no parece satisfactorio y, por el contrario, sí acomodaticio. Incluso un descentramiento motivacional de las reivindicaciones de los movimientos (aun los étnicos y de mujeres) evidencia cómo se han corrido sus expectativas del ámbito de la

distribución hacia el del reconocimiento, pese a ser este “un período en el que nos hallamos ante un capitalismo agresivamente en expansión que está exacerbando de forma radical la desigualdad económica” (Fraser, 2000); con lo que, al menos en el ideario, deberían emerger nuevas lecturas críticas de los movimientos sociales.

Al preguntarse si se está produciendo una nueva configuración de lo que se considera un movimiento social (Escobar, Alvarez y Dognino, 2001:47), estos autores nos proponen emprender la tarea de reinterpretar lo que los movimientos sociales pueden ser. Si constituyen, como ya se ha dicho, espacios relacionales que favorecen la expresión de demandas societales, resulta posible leerlos como escenarios que, más allá de lo discursivo, apuestan a defender e incorporar en las agendas públicas condiciones reales para que se desinstalen injusticias largamente prolongadas y se desinstalen las dinámicas de la inacción con su placidez socarrona invitando a vivir de manera intransitiva, sin peso, sin mayores cavilaciones, convertidos en gestores de un mundo hecho a la medida; moldeado para que sea así como es.

Bien sea que se reclame participación activa de la ciudadanía, contrapúblicos subalternos (Fraser, 1999) o la invención de nuevas lecturas de la cultura política; con los movimientos sociales se expresa un proyecto emancipatorio y civilizatorio cuyo horizonte apunta a la construcción de una sociedad capaz de torcer sus desigualdades e injusticias (Gohn, 2003: 18).

En nuestro tiempo, asistimos a un momento de perplejidad ante el agotamiento del modelo neoliberal para producir orden y estabilidad. El que se exhiban al menos reacciones estéticas y se alimente la capacidad de contestación frente a los graves problemas que ha generado su instalación, justifica el que para Castells estos sean aun tiempos de esperanza en los que, pese a lo agónicos y lastimeros que resultan, pueda persistirse bajo la confianza utópica y el optimismo histórico afincando en la convicción de que “el momento de viraje de una ola es una sorpresa” (Anderson, 1997). Bajo esa aspiración, el que la gente haya vuelto a la calle no deja de ser alentador; no sólo porque abre la posibilidad de que la política ocupe de nuevo un sitio importante en la reedición de la plaza pública, copada hasta ahora y significativamente por incesantes prácticas de consumo y disponibilidad de servicios; sino porque pone a quienes cultivan sus análisis a reestrenar igualmente sus instrumentos de visión y afinamiento categorial orientado a entender nuevas realidades con nuevos ojos; aun conscientes de que no aparecen todavía las alternativas ni se consolidan modelos de reemplazo (Borón, 2000:86).

La ambigua lectura de la dimensión política de los movimientos sociales se advierte cuando se quiere analizar su capacidad de interlocución y penetración institucional. Así,

mientras Escobar, Agudelo y Dagnino afirman que “lo que está en juego hoy en día en los movimientos sociales es el derecho a participar de la definición del sistema político, el derecho a definir aquello de lo que se quiere llegar a formar parte” (Escobar, Alvarez y Dagnino, 2001:44), Partha Chatterjee asume que, los gobernados han perdido la capacidad de gobernar; por lo que, antes que al gobierno mismo y a producir una “variación del balance estratégico de las fuerzas políticas”, la política de los gobernados se concentra en producir éxitos temporales y coyunturales, en los que se ganan espacios para definir la forma en que prefieren ser gobernados, haciendo que las instancias de la gubernamentalidad se vean obligadas a atender sus demandas, muchas veces de modo paralegal, por fuera de las instituciones y las leyes (Chatterjee, 2006:123-154); con lo que los discursos ideológicos de los viejos movimientos ceden ante los manifiestos estéticos y morales (Arfuch y Catanzaro, 2008) que caracterizan a los nuevos.

Con todo, superando el marasmo, habría que aprender a ver con nuevos ojos la labor de los movimientos sociales en el avance de la segunda década del siglo XXI. Ya que “el presente estado del mundo es intolerable; y si la historia algo nos dice es que, a su debido tiempo, no será más tolerado” (Gilly y Riox, 2009:38), si es que se quiere apostar a recomponer el rumbo de nuestro tiempo se precisa ajustar las prácticas de los movimientos sociales hasta robustecer su contundencia en estos desesperantes tiempos de espera.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio. (2012). «“Dios no murió. Se transformó en Dinero”- Entrevista a Giorgio Agamben.» Partido Pirata. <http://partidopirata.com.ar/2012/09/10/dios-no-murio-se-transformo-en-dinero-entrevista-a-giorgio-agamben/>.
- ANDERSON, Perry. (1997). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI, 1997.
- ARFUCH, Leonor, y CATANZARO Gisela. (2008). *Pretérito imperfecto. Lecturas críticas del acontecer*. Buenos Aires: Prometeo.
- BENKO, Georges. (2000). *La richesse des régions: la nouvelle géographie socio-économique*. Paris: PUF.
- BORÓN, Atilio. (2000). *Tras el Buho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Clacso, 2000.

- BUTLER, Judith. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007.
- CASTELLS, Manuel. (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza.
- CHATTERJEE, Partha. (2006). *La nación en tiempo heterogéneo*. Buenos Aires: Clacso.
- DE SOUSA SANTOS. (2011). *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid: Trotta.
- DUBIEL, Helmut. (1993). *¿Qué es neoconservadurismo?*. Barcelona: Anthropos.
- ESCOBAR, Arturo, ALVAREZ Sonia, y DOGNINO Evelina. (2001). *Política cultural y Cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. Bogotá: Taurus – ICANH.
- FRASER, Nancy. (1999). «Repensando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia actualmente existente.» *Ecuador Debate*, nº 46, pp. 139-173.
- (2000). «Nuevas reflexiones sobre el reconocimiento.» *New Left Review*, nº 4, pp. 55-68.
- GIDDENS, Anthony. (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GILLY y RIOX, Adolfo. (2009). «Capitales, tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos.» *Herramienta*, nº 40, p. 38.
- GOHN, Maria Da Gloria. (2003). *Movimentos Sociais no Início do Século XXI: Antigos e Novos atores sociais*. Vozes.
- (2011). «Teorias sobre os movimentos sociais: o debate contemporâneo.» *Sociedade Brasileira de Sociologia*. 07 de Outubro de 2011. http://www.sbsociologia.com.br/portal/index.php?option=com_docman&task=doc_download&gid=2356&Itemid=170.
- MELUCCI, Alberto. (1994). «Movimentos sociais, inovação cultural e o papel do conhecimento.» Editado por Cebrap. *Novos Estudos*, nº 40.
- SENNETT, Richard. (2013). entrevista de Fernando Schüller y Mário Mazzilli. *Fronteras de pensamiento* -Instituto CPFL <http://www.youtube.com/watch?v=Rq2HJK-tuf0>. septiembre de 2013.
- TAYLOR, Charles. (1990). «Modes of Civil Society.» *Public Culture*, 3, nº 1 (1990).

- VON WEIZSACKER, Ernst Ulrich, LOVINS Hunter, y LOVINS Amory. (1997). *Factor 4. Duplicar el bienestar con la mitad de los recursos naturales: informe al Club de Roma*. Galaxia Gutenberg.
- WODEHAOUSE, Pelham Grenville. (1909) *A Public School Story*. Project Gutenberg Ebook.
- ZEMELMAN, Hugo. (2001). *De la historia a la política: la experiencia de América Latina*. 3. México: Siglo XXI.
- ZIZEK, Slavoj. (2008). «Arte e ideología en Hollywood. Una defensa del platonismo.» *En Arte, ideología y capitalismo*, de Slavoj Zizek, Jorge Alemán y Cesar Rendueles, 12 - 40. Madrid: Ediciones Pensamiento - círculo de Bellas Artes, 2008.
- (2010). «Revista Observaciones Filosóficas.» *El espectro de la ideología*. Editado por <http://www.observacionesfilosoficas.net/elespectrodelaideologia.html>.